



EN LA NACIONAL, SIN CONCHA

El frío de la mañana, casi polar por causa del viento, invitaba poco a salir a la calle, y mucho menos a viajar. Los dueños de perros sacaban a los canes a pasear y hacer sus necesidades, sujetos con correa, con un gesto entre resignado y somnoliento.

Una vez "blanqueados" y controlados, pudimos subir por fin al AVE. En mi asiento tenía a mi derecha a un hombre antipático de mediana edad que leía *El Mundo* con ostentación. Y a mi izquierda, al otro lado del pasillo, a una persona mayor, delgada y de gafas, vestida con traje oscuro, que leía detenidamente *La Razón*.

La Biblioteca Nacional conmemoraba el quinto centenario de la muerte de Cervantes, personaje que, de creer a sus biógrafos y críticos, tuvo poca suerte inmediata a pesar de la cantidad y variedad de su legado literario. Cervantes es famoso, no solo por escribir *Don Quijote* o las *Novelas ejemplares*, sino también por su fracaso como autor teatral frente al fecundo y exitoso Lope de Vega y por su biografía agitada, aventurera y viajera. En cualquier caso, sus obras no le permitieron enriquecerse y su labor en la administración pública fue más bien desafortunada y le hizo dar con sus huesos en la cárcel.

Para mí volver a la Biblioteca Nacional, en la que me examiné de oposiciones y trabajé como investigador unos años, era esta vez motivo de nostalgia por una compañera desaparecida hace pocos años. Era alta, fuerte, rubia y de ojos azules detrás de sus gafas de pasta, sonriente en su mejor época, culta e inteligente. La noticia de su muerte, conocida a través de una esquela publicada en un periódico madrileño, fue para mí sorprendente por inesperada y dolorosa sobre todo. No volveremos a charlar en la cafetería de la BN mientras comíamos su menú, ni tan siquiera podremos cruzar al Café Gijón, donde en conversación apresurada trataba de completar mis lagunas opositoras a la hora del café.

Al margen de ello, una incipiente cola indicaba que cada vez la entrada a la BN iba a ser más ralentizada, por obra seguramente de los controles de los guardias jurados. ¡Otra vez la seguridad, suprema meta y servidumbre de nuestra época globalizada de triunfo de la democracia... indirecta! Cerca ya de la

Gran Vía, en uno de los extremos de la calle de Alcalá, está el Instituto Cervantes. Hay que sufrir un tercer control a la entrada, que hace pensar que más que a contemplar una exposición de fotografía, vamos a atracar un banco, lo que precisamente fue la dedicación del antiguo edificio que alberga la sede de la institución que cuida de divulgar el español por el mundo.

Se pueden contemplar fotografías de José Manuel Navia, que protagoniza el vídeo que se proyecta en un apartado de la gran sala de exposiciones. En él, el artista explica cuál ha sido su método de trabajo para realizar las obras que cuelgan en las paredes del centro. Con sorpresa, escucho al acercarme a los asistentes dispuestos frente a la pantalla que el fotógrafo habla de Valladolid, mi ciudad natal, de la que cita la Casa de Cervantes. El artista habla de la Mancha, de Andalucía y el mundo árabe, de la fotografía y el tiempo, de la soledad del viajero como garantía de su inmersión en el paisaje que visita...

Cervantes es famoso, no solo por escribir Don Quijote o las Novelas ejemplares, sino también por su fracaso como autor teatral frente al fecundo y exitoso Lope de Vega y por su biografía agitada, aventurera y viajera.

Como cerca de allí, frente al Círculo de Bellas Artes, en un restaurante donde un trío de italianos degusta una paella. Una vez afuera, avanzo por la Gran Vía, hasta que diviso la Casa del Libro. Entro en su interior y adquiero un par de libros sobre cine. Nada más salir, compruebo que a pocos pasos de allí está el cine Callao y que ponen *Ave*, *César*. Como la taquilla abrirá poco después, me doy una

vuelta por la zona, muy concurrida a la hora de comer de un sábado de marzo. Hay varios centros comerciales, librerías y tiendas de música y cine. Al final del Postigo de San Martín, llego a un lugar que me resulta familiar: un convento de clausura, una sala de exposiciones... y un mendigo delgado y sucio que pide a los que pasan, sin demasiado resultado. Baroja vivió en la zona.

Entro por fin en el cine Callao y compruebo que es antiguo, de techos altos, con salidas laterales y un color dominante granate. La peli parece divertida, pero empieza a entrarme sueño y apenas sigo la trama, que por cierto es bastante complicada. George Clooney y su productor son de lo mejor de la obra. Resulta difícil seguir el argumento, mezcla de rodajes de diferentes géneros de la época: musical, de romanos, etc. A la mitad descubrimos que Clooney ha sido raptado por un grupo de conspiradores comunistas que se dedican a teorizar sobre el cine, el capitalismo y los estudios. Hay incluso una escena con un submarino soviético cerca de Malibú que resulta entre épica y cómica, pese a la música solemne que la subraya y destaca. Los comunistas son los malos y los que pierden al final.

Vuelvo en el metro a Chamartín y en la estación Santiago Bernabeu suben varios hombres. Uno de ellos lleva gorra del Real Madrid y una revista de la entidad, que lee con interés.

Tengo que esperar casi dos horas en el hall de Chamartín. Llegan chicas jóvenes, se sientan a mi izquierda, hablan por el móvil con sus esposos o novios, cuentan su vida y se van con sus maletas. Mientras tanto, termino el libro de Pierre Loti sobre la Estambul de comienzos del siglo XX que he traído de mi ciudad.

Vuelvo a Valladolid tranquilo, aunque cansado, tras cumplir el rito de asistir a la primera – o a la más importante por ahora – de las exposiciones que conmemorarán a Miguel de Cervantes Saavedra, cuyos huesos parecen estar en la iglesia de las Trinitarias, del barrio de las Huertas, tras su fallecimiento en abril de 1616, hace, pues, casi 500 años. Pese a las críticas más o menos interesadas, hemos pasado del silencio oficial a la proliferación como setas de los actos conmemorativos y más o menos improvisados. ▴

**Eduardo Alonso Franch es jefe de sección en la Biblioteca de Filosofía de la UVA*



¿Debe la lectura ser un proceso necesariamente silencioso?
¿Podemos concentrarnos ante un texto a la vez que escuchamos buena música? La mejor respuesta la encontrarás en estas extraordinarias melodías invisibles.



Si lo quieres escuchar,
pídelo ahora:
fundacion@alonsoquijano.org
952 23 54 05

P.V.P.: 8 EUROS